

CONTINUANDO CON LAS TRADICIONES DE LA ISLA, LA VIDA EN LA GRAN BLASKET ES FÁCIL PARA UNA CHICA LLAMADA SUE

The Kerryman, 30/10/2003



Al menos una vez al día, la mayor parte de los días del año, a Sue Redican le dicen que está loca. No 'loca' en el sentido en que se suele utilizar actualmente esta palabra al referirse a alguien extravagante o estafalario. No, en realidad quieren decir que desvaría y es una demente.

Probablemente tenga algo que ver con el hecho de que, al menos durante la mitad del año -o más, si el tiempo lo permite- Sue elige residir en la isla de Gran Blasket, absolutamente sola. De hecho, es la única habitante de la isla la mayor parte del tiempo. En verano, por supuesto, tiene compañía de sobra, pues los turistas van y vienen: submarinistas, excursionistas, pescadores, escritores, americanos de Springfield (Massachusetts) cuyos antepasados emigraron desde las Blaskets, en busca de sus raíces.

Pero la mayor parte del tiempo, y a menudo durante varias semanas cuando el tiempo es adverso, está completamente sola, desprovista de cualquier compañía humana durante un espacio de tiempo indeterminado.

La vida en la isla implica no disponer de electricidad, de televisión o de periódicos y no tener ningún contacto personal. Y ella lo adora. "La gente a menudo supone que leo mucho al estar tanto tiempo sola en la isla. Pero la verdad es que rara vez consigo tiempo para leer. Tengo

libros y periódicos pero parece que nunca me decido a leerlos," desvela frente a una taza de te y unos *scones* en un pub de Dingle en una bella mañana de octubre.

"Adoro los crucigramas difíciles del *Irish Times* y a veces me traen un ejemplar a la isla. Pero a menudo se van amontonando porque nunca me pongo a ello."

La historia de cómo una mujer de una ciudad industrial del sur de Gales llega a encontrarse viviendo la mitad del año en magnífica soledad en una isla en la costa de Kerry es bastante común. Es tan simple como esto: llegó a Dunquin de vacaciones en un mes de septiembre hace 22 años, se enamoró del lugar y de inmediato se dirigió a Londres para dejar su trabajo y traerse todas sus pertenencias.

Ni remotamente se muestra sensiblera con esta decisión. No hay ninguna anécdota que llene los ojos de lágrimas sobre la renuncia a la feroz vida moderna de la capital inglesa en favor de los paisajes escarpados de ensueño de la península de Dingle. Relata los detalles de lo que muchos de nosotros consideraríamos un punto de inflexión en la vida con el tono realista de quien recita un horario de tren.

"Vine a Dunquin a visitar a un amigo, me gustó el lugar y regresé después a Londres y dejé mi trabajo como contable en la embajada de Kuwait," recuerda. "Entregué la notificación y en julio ya estaba de vuelta viviendo en Kerry. Ya había estado anteriormente en Irlanda porque mi padre es irlandés. Es de Roscommon. Pero antes de que aquella visita en septiembre no sabía gran cosa de Irlanda. ¡Ni siquiera sabía que existiese un idioma irlandés!"

Aquellos primeros meses en Dunquin significaron un contraste importante con el ritmo de vida al que había estado acostumbrada en Inglaterra. Recuerdo lo extraño que le parecía que solo hubiese dos autobuses a la semana y el viejo sistema de teléfonos. Su familia y amigos se mostraban desconcertados con su elección. Pensaban que volvería a Londres con el rabo entre las piernas antes de un año.

Incluso los lugareños se mostraban escépticos respecto a que consiguiese adaptarse a la relativa desolación del invierno en el oeste de Kerry. Pero la galesa estaba hecha de una pasta más dura de lo que nadie imaginaba.

"Dicen que si duras un invierno en Dunquin, durarás una vida," reflexiona. "Ciertamente aquel primer invierno fue desolador. Pero ya me he acostumbrado y lo adoro."

Pero aún quedaba por llegar otro inesperado cambio de rumbo en su vida. Fue visitar la Gran Blasket y quedarse enganchada. Actualmente, es donde más cómoda se siente y no duda en llamarla su casa.

"La primera vez que visité la isla pensé que era puro silencio y paz. Sin ruidos, sin tráfico. Solo estas magníficas ruinas y un gran aroma a historia. Una amiga mía tenía una casa en la isla y le pregunté si me la alquilaría. Y así es cómo llegué a vivir allí."

En este punto hay que explicar que durante todo ese tiempo, Sue aprendió a tejer en unas clases de una mujer americana que vivía en Dingle. No pasó mucho tiempo antes de que sus

días como contable fuesen un recuerdo lejano. Había encontrado su lugar en el mundo. De hecho, fue su capacidad para tejer lo que le permitió perseguir su sueño e ir a vivir a la isla mientras el tiempo lo permitiese.

"Dependiendo del tiempo, normalmente me voy a la isla en abril y me quedo allí hasta finales de octubre," explica. "Un año tuve mucha suerte porque el clima fue bastante tranquilo y pude quedarme desde febrero a diciembre, cuando un hombre del club de buceo de Dingle vino en bote a recogerme."

La rutina de Sue es simple aunque varía un poco de una estación a otra. Tiene alquilada una pequeña casa en la isla que es su taller de tejido durante el día y su casa durante la noche. En lo más álgido del verano, un incesante flujo de visitantes la observa trabajar. Hila, teje y hace tintes con plantas, y fabrica bufandas, chales, tapices, bolsos, tapetes y cinturones, que se pueden adquirir en la misma tienda de la isla o en la *Gallery Beag* de Dingle.

Pero cuando llega el otoño y el tiempo se vuelve tormentoso, el agitado mar a menudo implica que no volverá a ver otra alma durante semanas.

"Suelo estar sola la mayor parte del tiempo, especialmente a comienzos de año o a finales de otoño," dice en un tono normal, como si esto no fuese nada anormal. "A menudo soy la única persona por allí. Tengo la isla a mi completa disposición. Con todo, tienes que ser capaz de planificarte. Cuando salgo de la isla, tengo que hacer compras suficientes para tres o cuatro semanas. Los barqueros sufren cuando me ven llegar después de hacer compras," ríe. Acumula alimentos básicos como arroz, pasta y verduras y cocina en su pequeño horno de gas.

"La gente me pregunta si me aburro pero la verdad es que no me entero del tiempo que pasa. Suelo pasar ratos viendo a los pájaros o a las ballenas. Veo a las focas con sus crías. Voy a caminar y, por supuesto, tejo. Y el día ya se ha acabado."

Al no haber electricidad, no dispone de lujos como la televisión que le mantengan al día de lo que ocurre en el mundo, por lo que la radio es su nexo con la civilización. Durante esos períodos de aislamiento, sus compañeros son el programa de John Kelly en Radio 1, los partes del tiempo de *Met Éireann* y *Radio na Gaeltachta*.

"Llevo aquí más de 20 años, así que aunque no hablo irlandés, lo entiendo y me gusta *Radio na Gaeltachta* para escuchar las noticias locales," dice. "Es mi compañía cuando estoy sola en la isla. Y por la noche, mi compañía es el fuego."

Al haber sido criada en una ajetreada ciudad de Gales y haber pasado sus primeros años trabajando en Londres, Sue nunca había experimentado la oscuridad absoluta hasta que fue a vivir a la Gran Blasket. Siempre tiene cerca la linterna y por la noche trabaja y lee, si es necesario, con velas. Se sorprende cuando se le pregunta si alguna vez se siente nerviosa o tiene miedo, completamente sola en la más absoluta oscuridad en una isla en la que la persona más cercana se encuentra a kilómetros de distancia.

"¿De que debería tener miedo?," pregunta en tono serio. "Sé que no hay nadie más en la isla por lo que no hay nada que temer. Incluso si se desata una tormenta, no me preocupa, pues estoy en tierra firme. Puede resultar fascinante observar una tormenta desde la isla."

Los años que ha pasado en la isla la han convertido en una experta en pájaros, peces y vida salvaje poco común. Nombra una lista impresionante de pájaros que ha aprendido a identificar con los años. La pardela de Manx, que "ríe como una bruja por las noches," apunta. El escribano nival, el torcecuellos, el camachuelo y el carpodacus.

¿Quién necesita la televisión cuando puedes escuchar el sonido de las focas aullando por la noche y ver las aletas de las ballenas asesinas en el agua cerca de la isla? A menudo se encuentra con una especie extraña de pájaro que no sabe identificar. Entonces llama a sus amigos Ed Carthy o Michael O'Cleary, ambos aficionados a la observación de aves, en busca de ayuda.

A veces, en mitad de un prolongado período de aislamiento, desembarca un grupo de pescadores y siempre le entusiasma verlos.

"¡Les doy te y scones y me dan langosta y todas las noticias de tierra firme!," ríe.

Los amigos la visitan de vez en cuando, normalmente pertrechados con botellas y no hay nada que le guste más que quedarse hasta altas horas charlando y bebiendo vino en su escondite de la isla.

"Puedo pasar sin ver a nadie durante semanas y me siento bastante feliz, no me siento sola. Pero también me gusta la compañía así que cuando alguien viene siempre me alegro de verlos."

No parece entrarle en la cabeza que pudiese enfermar o que podría estar en grave peligro en caso de que sufriese un accidente. ¿Qué pasaría si se cayera y se rompiera una pierna durante un período de mal tiempo y no hubiera esperanza de que nadie pudiese llegar a la isla para ayudarla?

"No pienso nunca en ponerme enferma porque si empezases a pensar en sufrir accidentes o algo así te volverías loco. Nunca te relajarías. De todas formas, tengo un teléfono móvil que puedo cargar en los encendedores esos que ves en los coches. Y antes tenía una radio VHF."

En verano, la Gran Blasket puede ser un hervidero de actividad con un ir y venir constante de turistas. Los visitantes adoran verla tejer e hilar y a menudo simplemente paran para preguntarle el camino a la casa de Peig Sayers. Y se quedan estupefactos al descubrir que vive en la isla la mayor parte del año.

"Me miran como si estuviese loca pero me he acostumbrado," ríe. "La pregunta que más me hacen es dónde vivió Peig Sayers. La segunda pregunta es cómo sobrevivo aquí sola sin compañía. Y a menudo me preguntan qué echo de menos de tierra firme, pero la verdad es que no echo de menos nada."

Más tarde durante la entrevista, de repente parece llegarle un momento de inspiración y afirma que echa de menos los helados.

En esta época del año, en la que el mar se encrespa y el tiempo se vuelve menos predecible, Sue hace las maletas y se dirige a Dunquin para pasar el resto del invierno. Si pudiese ir y venir y no fuese tan peligroso, se quedaría sin dudar todo el año en la isla.

"Normalmente me tienen que sacar arrastras, a patadas y a gritos de la isla. Tardo algunos días en acostumbrarme al ritmo de vida en tierra firme. Se me hace difícil adaptarme al ruido y particularmente a las luces, porque estoy acostumbrada a las velas."

Tan acostumbrada está a la oscuridad que durante una visita en invierno para ver a unos amigos en Londres, metió inconscientemente una linterna en la maleta para poder ir a las casas de sus amigos por la noche.

Cuando está en tierra firme, Sue pasa el invierno tejiendo e hilando y acumulando existencias para el verano. Su hijo está casado y vive en Dunquin y tiene cuatro nietos, así que es en esta época del año cuando pasa más tiempo con ellos.

Es un estilo de vida inusual se mire por donde se mire y bastante alejado de una niñez en Cwmbram -que significa 'valle de los cuervos'-, donde creció en una familia de siete hermanos soñando con ser científica.

Pero Sue Redican está entusiasmada con la manera en que todo resultó y no lo cambiaría por nada.

"Un turista americano vino a verme a mi pequeño taller de la isla. Miró a su alrededor y comentó que le faltaba poco para ser una cueva. Se quedó abochornado cuando le dije que era mi casa así como mi lugar de trabajo," recuerda riendo. "La mayor parte de la gente no entienden por qué escogí vivir así. Creen que no tengo nada en la isla. Pero me siento rica por el simple hecho de estar allí."